

cinas eran ineficaces, el moribundo rey lo avisaba á su sucesor, que, como hemos dicho, estaba ya en ejercicio del poder, y á todos los gobernadores de las provincias y personas que ejercían un cargo público: el que no concurría á este llamamiento solemne, era reputado por rebelde y traidor, pues se suponía que intentaba desconocer la autoridad real. Cuando entraba el monarca en agonía, era un momento solemne, en que la ceremonia tomaba todo el aspecto lúgubre é imponente de que era capaz: se prohibía á todos que entrasen á la recámara del paciente, y á los huéspedes se les designaban para que habitasen, varios salones del palacio, donde permanecían hasta que el rey moría. Todos los nobles y funcionarios estaban obligados á traer algunos presentes al rey enfermo, y estos regalos se reunían en un portal donde había colocada una silla con las armas é insignias reales.

En cuanto espiraba el monarca, su sucesor lo avisaba á los funcionarios; y estos, llorando y exhalando lastimeros gritos, entraban á la recámara del difunto, y se apoderaban de su cuerpo. Lo primero que hacían era lavar lo cuidadosamente; vestíanlo en seguida con una larga y fina camisa de algodón; le calzaban el *catli* [sandalia] *timbre heróico de su valor*; lo peinaban con plumas finas de colores, con piezas de plata le ponían unos brazaletes, muchas sargas en la garganta; en las orejas zarcillos de oro, y en la boca, pendiente del labio, un broche de oro y esmeralda, que llamaban *tenteti*, que significa: *pedra en la boca*. Adornado así el cadáver, con todo lo mas rico y mas precioso que contenía el tesoro real, lo colocaban en un alto tablado, donde había una cama, hecha con manta de diversos colores, cubriéndolo con un sudario, donde estaba retratado con todos los

adornos que hemos dicho y debía llevar á la hoguera. Entónces comenzaba el duelo, y las mugeres que hasta ese momento, según la etiqueta, habían permanecido en silencio, daban rienda suelta á su dolor; y no solo lloraban, sino que lanzaban agudos y dolorosos alaridos, hasta formar un verdadero tumulto, según dice uno de los cronistas.

Muerto el rey, era necesario que comenzasen á morir también los que habían de acompañarlo y servirlo en el otro mundo: el monarca que subía al trono, hacia este funesto nombramiento de personas de uno y otro sexo, las que sin embargo, lo recibían en aquellos tiempos como una señal de grande favor y distinción. Se elegían siete señoras, para que desempeñasen los oficios de cocinera, ama de llaves, lavandera, guarda joyas, &c.; y en cuanto á los varones, había de acompañar al difunto á la eterna jornada, uno de cada oficio: así es que, se designaba un camarista, un peluquero, un sastre, un zapatero, un barrendero, un leñador, un remero, un barquero, un portero, un platero, un armero para que construyese los arcos y flechas, dos ó tres monteros, y algunos de los médicos que habían asistido al enfermo: cada uno de estos llevaba consigo las insignias ó instrumentos de su respectiva profesión; y con todo ello eran sepultados. Había personas tan afectas al monarca, que sin que les tocase, se ofrecían voluntariamente á acompañarlo á la otra vida.

A las doce de la noche en punto, se organizaba una procesion fúnebre, que salía del palacio donde había muerto el rey, hasta el templo donde debía ser enterrado. El cadáver era conducido en unas andas, que cargaban cuatro de los señores ó caciques mas nobles y poderosos; delante caminaban en hileras, pintados de un tinte amari-

llo, y coronados de flores, todos los que debían acompañarlo á la otra vida, y multitud de funcionarios del reino: de tiempo en tiempo cantaban unas canciones lúgubres, y tañían unos instrumentos hechos de caracoles y huesos de caiman. Todo este cortejo, alumbrado con la luz vacilante y rojiza de rajadas de ocote, llegaba á uno de los patios del templo, donde estaba preparada una hoguera: daban cuatro vueltas al derredor de ella, colocaban después el cadáver, y prendían fuego á la leña, que en breve consumía los restos del monarca. A este mismo tiempo acometían repentinamente á los designados para morir, y los mataban con unas grandes clavos, ó macanas, dándoles ántes licor, á los mas cobardes, para que ni aun intentasen evitar el sacrificio. El resto de la noche se pasaba en enterrar detrás del templo, en unas profundas sepulturas, á la desgraciada comitiva, y en atizar el fuego de la pira para que acabase de reducir á cenizas los despojos mortales del monarca. Al salir el sol, reunían todas aquellas cenizas y joyas derretidas, procuraban formar otra figura semejante á la del monarca, le ponían una máscara de oro, y todo esto lo colocaban en una sepultura bien aseada y adornada con esteras, la que cubrían con madera barnizada, formando una especie de bóveda. Concluidas estas ceremonias, todos los que habían asistido á los funerales se bañaban para hacer desaparecer todo rastro de infeccion, con que pudieran haberse contagiado, y se dirigían después al palacio del nuevo rey, donde se les servía un banquete espléndido, acabado el cual, á todos se les daba un poco de algodón con que se limpiaban el rostro, repartiéndose en seguida con aire melancólico, y con las cabezas bajas, por los patios y salones, donde permanecían cinco días sin hablar una

palabra. Durante este período de luto, ni se molía maiz, ni se encendía lumbre, ni se hacia el comercio, ni salían las gentes de sus casas, si no era por motivo muy urgente; acabado el duelo, todas las cosas volvían á tomar su curso acostumbrado.

VII.

Guerra.—Campana desgraciada de Axayacatl contra los tarascos.—Invasión y triunfos de Moctezuma II.

No hay dato para creer que las discordias civiles entre la raza tarasca fuesen tan graves y continuadas como entre las monarquías del Valle, que aunque distintas é independientes, puede decirse que eran formadas por una misma raza. Los tarascos eran valientes, fuertes, aptos para la guerra, y no estaban mucho tiempo ociosos; pero en vez de destrozarse en sus propios Estados, emprendían expediciones contra pueblos lejanos, particularmente contra los chichimecas y otras tribus cazadoras que lograban repeler mas al Norte, ensanchando sus fronteras; pero lo que verdaderamente ponía en alarma á los monarcas de Michoacan, era el poder de México. Este imperio siempre tenía la espada levantada contra todos los pueblos, por mas retirados que estuviesen; en los primeros años del reinado de *Axayacatl*, que era contemporáneo de *Pandacuaré*, ó tal vez de *Tangaxoan I*, los mexicanos, en número de treinta y dos mil hombres, emprendieron una campana contra Michoacan; y aunque penetraron mucho mas allá de las fronteras, fueron al fin derrotados completamente, de manera que no regresaron á sus pueblos sino cosa de cuatrocientos.

Al regreso del emperador á México se presentaron á consolarlo todos los señores y guerreros, confesando con resignación su derrota. D. Alvaro Tetzotzomoc refiere en su estilo peculiar este pasaje, y de él

copiarémos un trozo pequeño, y uno de los mas interesantes, porque da una idea mucho mas aproximada de las costumbres de esos tiempos, que los discursos académicos que hacen pronunciar Solís y Salazar á los caciques indígenas.

"Rey y señor, jóven, *Cozcatl* [collar de esmeraldas], *Toquetzal* [pluma preciosa]: el mas ferviente voto de los mexicanos se ha cumplido, pues que á costa de sus vidas y de sus hermanos han probado su valor á los habitantes de Michoacan. Has combatido por la gloria del que es el dia y la noche, la tierra y el agua, el cielo y la tierra, nuestro dios *Huitzilopochtli*. Tienes el corazon destrozado por haber visto caer junto á tí á tus mas escogidos guerreros, y particularmente al valiente *Huitznahuatl*; pero consuélate al pensar que sus cadáveres han servido de ofrenda á *Huitzilopochtli*."

Axayacatl les respondió consolándolos, y asegurándoles "que no abandonaria la empresa comenzada en honor de su dios, pues que sus hermanos habian muerto en un campo de alegría, y no por la mano de las mugeres, porque las almas de los que mueren por la gloria de *Huitzilopochtli*, van á gozar cerca de él una gloria eterna."

A pesar de este discurso, que manifiesta una conformidad completa con la voluntad de los dioses, *Axayacatl* no era hombre que retrocedia ante los obstáculos, ni ante la fuerza superior de los enemigos: así es que, desde el momento mismo de la derrota comenzó á hacer los preparativos necesarios para emprender de nuevo la guerra; pero atenciones mas preferentes impidieron durante algunos años esta resolucion. Entretanto, los tarascos parece que se pusieron en paz con la república Matlatzinga, y de este modo aseguraron sus fronteras:

esto no hubiera sino inconveniente para los mexicanos, que no conocian obstáculo cuando se trataba de extender su dominio y de reducir á señores tributarios á los soberanos independientes; pero la muerte sorprendió á *Axayacatl*, y con esto terminaron tambien los formidables preparativos que se hacian para una nueva invasion. Su sucesor se ocupó en una expedicion contra *Metztitlan*, y murió á poco tiempo. *Ahuizotl* emprendió una larga campaña contra los de Centro-América, dejando para el último la de Michoacan, que no llegó á hacerse sino en tiempo de *Moctezuma II*.

En una de las batallas que hubo entre los tlaxcaltecas y mexicanos, estos últimos hicieron prisionero á un esforzado capitán: era un hombre hermoso, de alta y varonil estatura, de mucha pujanza y brío. Con todo y el destrozo y la matanza que hizo entre los mexicanos, estos, admirados de su valor, en vez de sacrificarlo, lo trataron con muchas consideraciones; le dieron la ciudad por cárcel, y le brindaron con honores y mando que él siempre rehusó. A muchas instancias del emperador *Moctezuma* tomó el mando de un ejército numeroso, y marchó á hacer la campaña á los tarascos. Las primeras jornadas se hicieron sin dificultad; pero llegaron al valle de *Ixtlahuaca*, y se encontraron los mexicanos con enemigos valientes que les impedian el paso, y los atacaban en todos los malos pasos y desfiladeros: sin embargo, el valor de *Tlahuicole* y de los mexicanos todo lo venció, y se apoderaron de las ciudades fronterizas, vencieron á las tropas que se les presentaban, y entraron á sangre y fuego á las poblaciones. El monarca de Michoacan, alarmado, mandó concluir las fortificaciones de la capital, que ya años ántes se habian comenzado, y reunió á todos sus aliados para hacer una defensa desesperada.

da. *Tlahuicole* y su ejército regresaron á México, sin haberse atrevido á emprender nada serio contra la capital de los reyes tarascos, que tuvieron la gloria de no haberse sujetado jamas á los soberanos del Valle.

VIII.

Algunas palabras mas sobre las costumbres de los tarascos. Expediciones de los españoles en Michoacan. Gobierno de Cristóbal de Olid. Riquezas que se encontraron.

Antes de terminar con la historia de Michoacan, denasiado larga para un compendio, nos permitiremos escribir algunas líneas mas sobre sus usos, artes y costumbres. Lo que mas arriba se ha dicho, indica que los habitantes que encontraron los españoles en la provincia de Michoacan y en la de Jalisco, y que llamaron *tarascos*, eran una raza antigua, producto del comercio de las naciones cazadoras con los restos de los pueblos civilizados toltecas. Los conquistadores, como sucede siempre, impusieron su idioma y algunas de sus costumbres, adoptando otras de la raza subyugada; de esto resultó una tercera entidad de gentes robustas, fuertes hermosas en lo general, dadas á la guerra, y al mismo tiempo con las costumbres, las artes y la civilizacion de los toltecas: de aquí vienen los puntos de contacto entre el imperio tarasco y el mexicano. Los michoacanos cultivaban el algodon en abundancia; y así como los mexicanos, tejian mantas y vestidos ordinarios para la gente media, pero muy finos y vistosos para el uso de los reyes y de la nobleza. Como los mexicanos, tenian sacerdotes, levantaban templos, y adoraban divinidades, representadas por monstruosas figuras hechas de granito ó de obsidiana; y como aquellos, usaban del arco, de la flecha y de la macana, como armas ofensivas, y de la rodela ó *chimali* como armas defensivas. Muchas de

sus ceremonias y muchas de las palabras de su idioma eran mexicanas y no tarascas: en el vestido la gente noble se distinguia algo de los mexicanos, como todavía hoy se distinguen las indias *otomites*, adornando sus vestidos y cabello con lana y cintas de muchos y vivos colores; pero con todo, no hay que dudar que eran dos razas diferentes, y dos imperios que por años y años aumentaron y vivieron con una completa independencia y separacion.

Los tarascos curtian perfectamente las pieles de los animales que cazaban, y se servian de ellas para diversos usos: labraban con finura y primor esteras de juncos; conocian el uso, mezcla y aplicacion de muchos colores, vegetales y minerales; labraban el oro, la plata y la madera con una curiosidad mas digna de notarse, cuanto mas imperfectos y groseros eran los instrumentos de que se servian: cultivaban diversas plantas útiles y alimenticias, como hemos ya dicho en uno de los párrafos anteriores; y por último, sobresalian en lo que llamarémos mosaicos de plumas. Estas obras, muy raras hoy, causaron la admiracion de los primeros conquistadores, y casi no hay crónica que no haga de esto una mencion especial.

Tal era el reino de Michoacan en la época en que vinieron al valle los conquistadores; reinaba *Tangaroan II*, segun hemos designado en la série de los reyes tarascos: entre ellos el soberano tenia el título de *Guangua-Pagua*, que equivale al de *Magstad*; pero los españoles le llamaron siempre el *Caltzonzi*; tanto, que no es extraño que muchos crean que tal fué el nombre de este monarca. Si este dictado era un título, y venia de que jamas el monarca michoacano fué vencido por el de México, y de consiguiente no tuvo que presentarse descalzo, como era la costumbre,

ó si alude á los humildes vestidos y calzado viejo, con que se presentó á Cortés, es en lo que no han podido ponerse de acuerdo los historiadores; para nuestro propósito basta que en estos pocos renglones consignemos esta aclaracion.

Todo en el extenso país que se llamó Nueva-España estaba preparado para hacer mas afortunado y fácil el triunfo de los españoles: *Tangaxoan* era un monarca que distaba mucho de tener las cualidades de sus antecesores: irresoluto, apático, entregado á las delicias de una corte numerosa, lleno de preocupaciones religiosas como todos los de su raza, tenia ya de antemano la conviccion de su ruina y aniquilamiento. Seguramente el cometa y los meteoros luminosos que segun las pinturas y narraciones, aterrorizaron á *Moctezuma*, fueron vistos en Michoacan, é hicieron igual impresion en aquellas gentes.

Los asuntos de aquella corte tenian en aquel mismo tiempo el carácter mas borrascoso: los embajadores mexicanos que *Moctezuma* habia enviado para solicitar su alianza y auxilio, describieron á los españoles con los caracteres mas terribles é imponentes; y el temor, por una parte, y por la otra el resentimiento que aun estaba vivo por las pasadas hostilidades, le hicieron no resolverse á nada, y aplazar para mas tarde la celebracion de una paz franca y útil en aquellas circunstancias para ambos imperios. A este gran suceso político se añadió otro de no menor importancia: *Tangaxoan*, excitado por la influencia de uno de sus tios, de la noche á la mañana mandó prender y matar á sus tres hermanos *Tirimarameo*, *Azinché* y *Aniní*, á quienes se acusaba, quizá falsamente, de haber penetrado en el palacio, y abusado de las mugeres y concubinas del rey. Estos príncipes eran muy queridos del pueblo, des-

empeñaban empleos de alto rango en el Estado, y tenian una influencia positiva en todos los asuntos. Tan cruel y repentina ejecucion causó el mayor disgusto y turbacion en la corte, hasta el grado de que, habiendo llegado á los oídos del monarca las justas quejas de todos los nobles, reconoció, aunque tarde, su falta, y trató de hacer que cayese toda la responsabilidad sobre su tío *Tigamé*. Procurando ocuparse en otros asuntos, comenzó á disponer que se organizaran cincuenta mil hombres, para que marchasen en auxilio de México; pero al mismo tiempo, y como un rayo, llegó la noticia de la destruccion de la mas soberbia de todas las ciudades, y de la prision del mas valiente de todos los monarcas indígenas. Aquella corte, disgustada con su rey, mal organizada en su gobierno, y asustada con los fenómenos de la naturaleza, acabó de perder con tan fatal noticia toda su fuerza y vigor moral, y se resignó á obedecer, en vez de prepararse á pelear y á resistir.

A fines del año de 1521, segun puede inferirse, envió Cortés á un soldado, que se llamaba *Villadiego*, acompañado de algunos indios, con órden de que descubriesen algunas tierras comarcanas: se dirigieron por el rumbo de Toluca; pero ni él ni sus compañeros volvieron á parecer nunca, y debe suponerse que fueron aprehendidos y sacrificados en algunas de las poblaciones matlatzingas.

El año de 1522, un soldado atrevido y calavera llamado *Parrillas*, y que era proveedor del ejército, se aventuró solo, por el valle de Toluca, y logró llegar sin novedad á la poblacion fronteriza de Taximaroa el 23 de Febrero, época en que se celebraban las fiestas de la diosa *Purecoragua*. El carácter resuelto, á la vez que jovial, de ese aventurero, digno por su arro-

jo de eterna memoria, lo libertó quizá de la suerte fatal que tocó á *Villadiego*; el caso es que regresó á Coyoacan sano y salvo, acompañado de varios indios tarascos, que lo siguieron por curiosidad, y dió al capitán general los informes mas lisonjeros respecto á la hermosura y riqueza de las regiones que habia recorrido. Con este motivo Cortés se animó á enviar una embajada ó expedicion pacífica, compuesta del soldado *Montaño*, otros tres españoles, cuyos nombres no se han conservado en la historia, veinte indígenas nobles y varios intérpretes. La comitiva se puso en camino, y llegó á Taximaroa, donde fué cumplimentada y obsequiada por los principales señores; y de allí continuó su camino para Tzintzuntzan, donde ya esperaba el rey tan extraordinaria visita: luego que llegaron los huéspedes, los mandó alojar en uno de sus palacios, quedando los españoles sorprendidos de la magnificencia de los adornos y de la rareza de la arquitectura. Despues de la comida que se les sirvió, el rey en persona pasó á visitarlos; y sin consentir que se acercasen á él, por medio de un intérprete les dijo:

«¿Quiénes sois? ¿de dónde venís? ¿qué buscáis viniendo de tan léjos? La tierra en que habeis nacido ¿no os da de comer y de beber? ¿qué venís de tan léjos á buscar y á conocer gentes extrañas? ¿Qué os hicieron los mexicanos para venirlos á destruir y á arruinar su gran ciudad? ¿Pensais acaso hacer esto mismo conmigo? No, yo soy tan valiente y poderoso, que no lo consentiré por cierto: aunque he tenido siempre guerra con los mexicanos, que han sido grandes enemigos míos, me lastima su infeliz suerte, y me he de defender de igual desventura con todo mi poder; debiendo vosotros estar entendidos que nunca fueron vencidas mis armas.»

Este fué realmente el último rasgo de energía del monarca michoacano: el amor á su raza en medio de las discordias civiles y de las guerras que habia sostenido contra los mexicanos, y el sentimiento patriótico de la independencia se revelan en este corto discurso, en el que hizo un esfuerzo supremo, sobreponiéndose á las preocupaciones y terror secreto que debió producirle la vista de estos hombres intrépidos, que habian contribuido con sus armas terribles á la destruccion del imperio mexicano.

Los españoles no se sobrecogieron poco al escuchar esta arenga, dicha con un tono severo y amenazante; pero echando mano de esos discursos pomposos y floridos de que están llenas las historias de la conquista, y que fueron por lo comun diametralmente opuestos á los hechos, contestaron:

«Gran señor: no hay para qué te receles de nosotros, que tus amigos somos, enviados por nuestro valeroso capitán Cortés, y no á otro intento sino para que le conozcas y tengas por amigo: sabrá tu valor y grandeza de ánimo, y en prenda de la mas sincera estimacion, lo hallarás en todas las ocasiones que se ofrecieren, á tí y á los tuyos; y pues en pocas palabras nos has preguntado muchas cosas, á que no te podemos responder sino despacio, suplicamos que nos oigas, que despues que nos oigas, no te pesará. Nosotros somos cristianos, nacidos en una tierra que llaman Castilla: venimos por mandado de un señor poderosísimo, emperador de los cristianos, á quien nuestro verdadero Dios inspiró y movió su corazón para despacharnos á estas tierras nuevas, no porque en la nuestra nos falta lo que hemos menester, que ántes nos sobra para la vida humana, sino que despues que tuvimos noticia de las tierras que hemos descubierto, venimos principalmente á